

Informado de todo cuanto había ocurrido en aquellos días, desde el abordaje de Stuart de Klerk, el contramaestre dio su opinión:

—No podemos hacer nada contra esos malditos. Carecemos de hombres y armas suficientes para atacarles. Yo propongo que nos marchemos de isla Perdida en esa lancha, y que regresemos cuando hayamos reclutado una dotación suficiente para darles el castigo que merecen.

Isabel apoyó el plan.

—Llevo pensándolo varios días. No muy lejos debe de estar isla Tortuga. He consultado mis cartas marinas y creo saber dónde nos encontramos, partiendo del punto donde fuimos asaltados. En isla Tortuga hay muchos aventureros que por una buena soldada nos acompañarán.

—¿Cómo les pagaremos? —preguntó Mateo, incrédulo.

—Con la promesa del botín que alcanzarán si vencemos a Stuart de Klerk. Conocemos la guarida donde esconde sus tesoros.

Isabel había pensado en todo.

Encuentro en la tortuga

Isla Tortuga, situada al norte de La Española, primer punto del nuevo continente tocado por Cristóbal Colón en su viaje del Descubrimiento, era uno de los lugares preferidos por los piratas del Caribe, junto a Jamaica y su capital Port Royal. Una abigarrada comunidad de desesperados de todas las razas que habían ido a parar a una isla de jugosa vegetación, altas y hermosas palmeras, suaves colinas y flores con los mil colores del arco iris. La isla era refugio seguro donde recalaban todos los aventureros para poner en venta el producto de sus pillajes, reparar sus naves, avituallarse, descansar de sus correrías y vivir las más salvajes francachelas, en compensación por las muchas privaciones de la siempre difícil vida marinera. No había más ley y más orden que los que dictaban ellos mismos, y se regían por elementales normas de convivencia.

Flexionó las piernas, saltó como un gato, y lanzó con su espada hacia el marino una antorcha caída junto a los cortinajes. Era una reacción enloquecida que le dio resultado. Porque, aunque don Pedro María se percató de lo que iba a suceder acto seguido, solo tuvo tiempo para dar un paso atrás y librarse del abrasador impacto del fuego, pero no para impedir que Stuart de Klerk saltase por la ventana al vacío, mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¡¡Retiradaaa!!!

El puerto en llamas

En la cubierta de la *Cupido*, Philippe Legrand miraba hacia el castillo de San Felipe de cuyas ventanas, en el piso superior, salía la brillante iluminación de la fiesta y la alegría o la donosura de los bailes. Allí estaría desarrollándose el último capítulo de la azarosa aventura de sus amigos españoles. El viaje desde isla Perdida había sido rápido, sin descanso día y noche, a fin de llegar cuanto antes a Cartagena de Indias. Por las declaraciones de Masters, el segundo de Stuart de Klerk, este se hallaba a punto de asaltar la fortaleza amparado por el prestigio de don Pedro María y con la inapreciable cobertura de la nao *Virgen del Pilar* bajo pabellón real.

Habían llegado a tiempo. Brazo de Hierro no se había apresurado a atacar el castillo. Taimado como era, había empleado tiempo en estudiar las